

Ignacio, F. M. (coord.), *El filósofo como educador*, Madrid: Guillermo Escolar, 2023, 276 págs.

La publicación de *El filósofo como educador* es una notabilísima novedad editorial que, a pesar del riesgo de dispersión que supone implicar a doce profesores de filosofía en un volumen colectivo, destila una peculiar unidad de fondo: el reconocimiento de la existencia de un vínculo consustancial entre filosofía y enseñanza. Son, precisamente, las preguntas que nacen de esta difícil relación las que espolean las diversas aportaciones que conforman esta obra coordinada por Felipe M. Ignacio. Algunas de ellas tienen que ver con las dificultades que introduce la filosofía en tanto que objeto de enseñanza (¿es la filosofía meramente un saber transmisible de profesor a estudiante o es «algo más»? ¿y, si es «algo más», es enseñable? ¿y, si lo fuera, cómo habría de ser una *praxis* docente acorde a la naturaleza de ese tipo tan peculiar de saber?¹), mientras que otras tienen más que ver con los diversos obstáculos contextuales que han ido dificultando progresivamente tanto la práctica de la filosofía como su enseñanza (¿puede sobrevivir la enseñanza de la filosofía a su institucionalización en sistemas de educación públicos? ¿qué espacio puede reclamar en una situación en la que su estado de perpetua crisis contrasta con el espectacular desarrollo de las ciencias particulares? ¿qué enseñar en clase de filosofía una vez que la historia ha demostrado que no hay ni puede haber *doctrina* filosófica comúnmente aceptada? ¿qué queda para la filosofía tras las reformas educativas que han colocado en el centro a las competencias y los saberes instrumentalizables?).

En torno a estos grandes problemas pivotan los diferentes capítulos de *El filósofo como educador*. En su primera parte, titulada «Reflexiones», se reúnen una serie de trabajos de investigación centrados en algún periodo o personaje de la historia de la filosofía desde cuyo análisis se extraen consideraciones acerca de la reflexión docente en la actualidad. Esta primera parte se abre con un trabajo de Antonio Valdecantos titulado «La palabra felizmente enajenada» que presenta la idea de que la actividad filosófica no exige al filósofo apartarse de sus labores docentes, sino más bien tomarse muy en serio sus clases, pues sólo en ellas se ponen de manifiesto ante el profesor aquellas aporías y deficiencias que permanecen ocultas a su pensar privado.

A continuación, Ignacio Pajón Leyra presenta un ensayo acerca de «La enseñanza de la filosofía y la figura del maestro en la antigüedad». En él, destaca cómo puede rastrearse en la Grecia clásica un proceso de paulatina profesionalización de la enseñanza que tuvo dos grandes momentos: la aparición de los sofistas en la *polis* griega, que entre otras cosas generalizaron la costumbre de pagar al profesor por

¹ La discusión de esta cuestión permite identificar la continuidad de *El filósofo como educador* con otro trabajo anteriormente coordinado por Felipe M. Ignacio titulado *¿Cómo se hace una disertación filosófica?* (Madrid: Guillermo Escolar, 2021) en el que se trataba precisamente de sostener que la mejor manera de lograr que la clase de filosofía recoja la esencia del acto de filosofar es organizarla de manera sistemática en torno a la práctica de la disertación filosófica.

sus enseñanzas, y el surgimiento de las «escuelas filosóficas», aunque el autor nos advierte de manera muy pertinente de la importancia de no trasladar irreflexivamente nuestra noción de «escuela» al mundo antiguo.

En tercer lugar, encontramos un trabajo de Felipe Ledesma Pascal titulado «Tres bolas mejor que los tres dedos de Sócrates» en el que se realiza una alabanza del potencial reflexivo de ciertos problemas hipotéticos en los que la imaginación y el entendimiento nos ofrecen soluciones alternativas y contradictorias. Es el caso de los tres dedos de Sócrates (libro VII de la *República*) o, mucho mejor en opinión del propio autor, el de las tres bolas que le planteó su profesor de filosofía de Bachillerato. A partir de estos ejemplos, recorreremos con Felipe Ledesma los principales núcleos de la reflexión platónica acerca de la enseñanza de la filosofía, inseparable de su reflexión en torno a la esencia misma de la filosofía, para concluir reconociendo la actualidad de los *Diálogos* de Platón en la medida en que, al encontrar en ellos algo de «escandaloso» (como la censura), «nos revuelven algunas de nuestras convicciones más solidificadas y nos fuerzan a reparar en nuestros más íntimos prejuicios, de manera que no nos queda otro remedio que ponernos a pensar» (p. 95), del mismo modo que nos mueven a pensar las tres bolas o los tres dedos de Sócrates.

En el siguiente capítulo, titulado «Maestro del género humano, educador de la humanidad», Pilar Mancebo Pérez realiza un estudio histórico relativo a la enseñanza de la filosofía en el contexto del idealismo alemán. Partiendo de la apología que, en el contexto de la reforma del sistema educativo alemán, realiza Niethammer de una educación humanista (orientada a «cuidar más de la *humanidad* que de la *animalidad* del alumno» (p. 98)), se expone el modo en el que esta idea fue recogida y desarrollada por los más destacados filósofos alemanes del siglo XIX, para quienes la cuestión de la enseñanza de la filosofía se convirtió en un problema interno al desarrollo de sus respectivos sistemas filosóficos, mostrando así la intrínseca vinculación que para el idealismo alemán existe entre filosofía y enseñanza.

Soledad G. Ferrer aborda después, en un capítulo titulado «Nietzsche como educador», las reflexiones pedagógicas del joven Nietzsche que, todavía prendado de su maestro, dedica su tercera intempestiva *-Schopenhauer como educador-* a reflexionar en torno al carácter educador de la filosofía y a la organización de su enseñanza. Nietzsche, nos señala Soledad G. Ferrer, fue sumamente crítico con el estado en el que en Alemania se encontraba la enseñanza en general, pues en ella la relación educativa entre el maestro y el alumno estaba sometida a diversos intereses que la habían convertido en algo «sin sentido en sí mismo» (p. 130): subordinada a la economía, al Estado, a la cultura de la «bella forma» o a la tiranía de la erudición vacía, se habría hecho imposible el acto verdaderamente pedagógico, aquel que Nietzsche piensa tomando como paradigma su propia relación con Schopenhauer. Por lo tanto, concluye Nietzsche, más convendría cesar en el intento de organizar una enseñanza de la filosofía para dejar que el encuentro entre maestro y alumno ocurra, como ya le ocurrió a él, por azar. Mas no deja de ser cierto, como nos recuerda la autora, que tampoco puede resultar satisfactorio para Nietzsche el mero retiro del filósofo fuera de las aulas, pues al fin y al cabo, incluso el filósofo Zaratustra bajaba de las montañas para llevar a los hombres su mensaje.

El libro continúa con un trabajo titulado «Éveilleurs d'esprits» en el que Felipe M. Ignacio delinea el paisaje de la enseñanza de la filosofía durante la Tercera República francesa atendiendo especialmente al caso de tres profesores de filosofía que han trascendido como «símbolos del filósofo enseñante» (p. 147): Alain,

Lagneau y Darlu. De algún modo, sostiene, su ejemplo demuestra que la tendencia a buscar al «filósofo» contemporáneo en las aulas universitarias en lugar de en las aulas de la educación secundaria es una trampa que esconde el hecho de que, quizás, sea en los institutos precisamente donde se den las condiciones para un verdadero filosofar en la medida en que éste tome la forma de una repetición del acto socrático de cuestionamiento de las creencias y costumbres adoptadas acríticamente. Tal compromiso con la filosofía es, justamente, lo que tiene en común el magisterio de aquellos tres profesores que, careciendo de vínculo alguno en sentido doctrinal o metodológico, se propusieron siempre como objetivo «hacer filosofía en el aula» al exponer a sus estudiantes a «una *experiencia* semejante a la que sufrían los jóvenes que dialogaban con Sócrates por las calles de Atenas» (p. 163).

La penúltima reflexión es un trabajo de José Sánchez Tortosa titulado «El nombre de Ulises o que nadie enseña filosofía» en el que se dibuja el contorno de la enseñanza de la filosofía como una actividad de desmontaje de los mitos tradicionales que se opone no sólo a la educación dogmática y unidireccional de los poetas, sino también al relativismo sofista, que al rechazar la existencia de referencias objetivas a partir de las cuales sea posible medir la validez de nuestras creencias, torpedea la posibilidad de aquella labor crítica. Situada entre ambos extremos, «fuera del tiempo legendario, fuera del tiempo de moda» (p. 178), la filosofía se ha encontrado desde su nacimiento hasta la actualidad en una situación de radical inestabilidad. Y, sin embargo, ahora como entonces, sostiene el autor, aprender a filosofar (esto es, a poner en cuestión la tradición para valorar la realidad desde una perspectiva ajena a las limitaciones de índole personal, familiar, social, etc.) es un «tratamiento terapéutico» (p. 183) indispensable para unos jóvenes que han de entrar en la *polis* no como súbditos, sino como ciudadanos.

Finalmente, esta primera parte del libro se clausura con un trabajo titulado «La profesión de profesor» en el que Carlos Fernández Liria expone, a partir de su propia experiencia como docente, las transformaciones que ha sufrido en nuestro país la enseñanza en general y de la filosofía en particular tanto en la secundaria como en la universidad. Al hilo de la narración, se realiza una profunda alabanza de la escuela pública -«la más bella de las conquistas que las clases trabajadoras han aportado a la historia de la humanidad» (p. 192)- y se denuncia no sólo cómo los discursos de los pedagogos han puesto del revés toda nuestra comprensión de lo que debería suceder en la escuela, sino también el hecho de que, en el fondo, toda aquella pedagogía no tenía otro objetivo que encubrir, tras «ropajes progresistas» (p. 190), unas políticas educativas tendentes a diezmar los recursos materiales a disposición de las escuelas, logrando así que efectivamente se haya hecho cada vez más difícil que las escuelas realicen la función para la que habían sido creadas: no formar en competencias, sino transmitir el «amor a la verdad» introduciendo a los estudiantes en los contenidos de materias diversas impartidas por docentes que las conocen y las aman.

La segunda parte de *El filósofo como educador* recoge las conferencias pronunciadas en las *Jornadas sobre la figura del profesor de filosofía* por cuatro grandes docentes que durante décadas enseñaron en la Facultad de Filosofía, dejando su impronta en numerosas generaciones de estudiantes que, con el tiempo, se han ido convirtiendo a su vez en profesores que han extendido aún más allá la influencia de sus maestros. Así, «Maestros», se ha denominado con acierto a esta segunda parte de la obra en la que se recoge la transcripción revisada de aquellas *Jornadas* celebradas en la Facultad de Filosofía en el 2021 y en las que participaron Ramón Rodríguez

García, Juan Manuel Navarro Cordón, Miguel García-Baró y Ana Rioja Nieto. En sus ponencias, estos más que reconocidos profesores de filosofía relataron desde una perspectiva personal cómo ellos mismos vivieron y trataron de afrontar su actividad docente. De sus diferentes intervenciones, riquísimas en detalles biográficos, emanan no sólo relevantes reflexiones acerca de la filosofía y de la enseñanza, sino también una imagen de gran valor histórico de la actividad filosófico-docente que desarrollaron en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Estas últimas 60 páginas de *El filósofo como educador* constituyen, pues, un documento interesantísimo y de gran importancia tanto didáctica como histórica.

En conclusión, esta obra coordinada por Felipe M. Ignacio y en la que ha colaborado una buena plantilla de excelentes profesores (tanto universitarios como de educación secundaria) está llamada a convertirse en un texto de referencia para la didáctica de la filosofía. Desde luego, *El filósofo como educador* podrá servir para orientar a aquellos docentes que no se han dejado convencer por los argumentos del pedagogismo y que están interesados en pensar su *praxis* docente desde los criterios de su propia disciplina. Pero, lo que no es menos importante, quizá pueda servir también para recordarles a ellos mismos y a todos los lectores la centralidad y el valor que toda sociedad democrática debe conceder a su sistema de educación pública y, dentro de ella, a la nunca sencilla enseñanza de la filosofía. No es otro el fin que persigue una obra como esta, tan transida de optimismo como de lúcida conciencia de la difícil situación que la enseñanza atraviesa hoy. Conforme, de este modo, al espíritu del que está impregnado este bello libro, finalizo citando las palabras con las que Felipe M. Ignacio cierra su capítulo dedicado a la escuela republicana francesa: «Tras la muerte de Alain, en 1951, Maurois escribía ante su tumba la más bella despedida de su maestro: “Sócrates no está muerto; vive en Platón. Platón no está muerto; vive en Alain. Alain no está muerto; vive en nosotros”. Quizás llegue a vivir también en las generaciones futuras, gracias al coraje de esos docentes fieles a su socrática condición de *éveilleurs d’esprits*» (p. 169).

Marcos González García